
Teoría marxista del terror blanco y rojo



Victor Serge

Publicado por Matxingune taldea en 2011

Resumen

Victor Serge, escribió el siguiente capítulo para su libro *El año I de la Revolución rusa* en el año 1928. Como dice al final del texto el propio Serge: “Organización proletaria, conciencia de clase, voluntad revolucionaria intrépida e implacable, solidaridad internacional activa, tales son, a nuestro juicio, los factores que puedan hacer inútil en el porvenir el terror rojo, cuando hayan alcanzado alguna fuerza”. Se pueden descubrir sorprendentes paralelos entre la revolución francesa y la revolución rusa, hasta en detalles de sucesos y acciones.

Tabla de contenidos

El terror permanente	1
Esbozo de un paralelo: 1793 y 1918	3
Teoría del terror	4

El terror permanente

Después de las jornadas de septiembre el terror no cesa, se hace más lento su ritmo, se convierte en sistema. Los periódicos publican desde entonces, varias veces por semana, los comunicados de las comisiones extraordinarias, que proceden, en todos los rincones del país, a ejecutar sumariamente a los criminales y a los contrarrevolucionarios. Un número de *Izvestia* (del 24 de octubre de 1918), que sólo citamos a título de ejemplo, da dos columnas de informaciones de esta clase. Examinémoslas. La *Checa* del distrito de Egorievsk condena a cinco semanas de cárcel y a treinta mil rublos de multa a especulador que ha insultado a un comisario durante el registro... La del barrio de Meschovsk fusila a un expolicía “diligente cien-negro”, y añade: “La población está tranquila”. La de Kozel anuncia simplemente que se ocupa de reprimir la agitación de los popes y los *kulaks*. En Mineevsk un socialista-revolucionario es pasado por las armas. En Perm se recurre sobre todo a la aplicación de multas. La comisión publica un boletín a fin de tener a la población al corriente de sus actividades... Sigue la nueva rúbrica: “Guerra a la corrupción”. Ha sido fusilado un juez de instrucción de la Comisión Central Panrusa y su escribiente, convictos de haber aceptado dádivas. Sigue una lista de dieciséis criminales que han sido pasados por las armas por orden de la Comisión Central: se trata de monederos falsos, de bandidos, de un soldado rojo de la *Checa* que había confeccionado una estampilla falsa de una cooperativa, de un comisario de la *Checa* que había intentado vender un revolver. La Comisión de Koalas fusila a un ciudadano culpable de haber se entregado a manejos contrarrevolucionarios. La Comisión de Chui anuncia la ejecución de siete “ladrones, asesinos y provocadores”.

Este recorte de *Izvestia* da una idea bastante aproximada de lo que fue el terror rojo; no sólo es éste un arma necesaria y decisiva en la guerra de clases, sino que también es un terrible instrumento de depuración interior de la dictadura del proletariado.

“La comisión extraordinaria -escribe uno de los hombres que dirigen el terror- no es ni una comisión de instrucción ni un tribunal. Es un órgano que combate que actúa en el frente interior de la guerra civil por medio de las instrucciones de los tribunales y de las fuerzas armadas. No juzga al enemigo, descarga sobre él los golpes”. No se preocupa de fijar y dosificar las culpas; se pregunta a qué clase social, a qué medio pertenece el adversario, si es peligroso y hasta qué punto. Las comisiones procedían a realizar instrucciones a veces sumarias, a veces largas y complicadas, en un secreto casi absoluto, sin admitir defensa. El juez instructor formulaba sus conclusiones bajo su propia responsabilidad; la comisión sentenciaba sin oír al acusado. Tratándose de la pena capital, debía tomarse el veredicto por unanimidad (las comisiones se hallaban integradas al principio por doce miembros, bastando un solo voto para que no se condenara a muerte al acusado). Las ejecuciones se realizaban por lo regular en el mayor secreto, a fin de evitar a la población emociones malsanas. En las grandes ciudades se empleaba a veces el revolver, y la ejecución tenía lugar en sótanos.

Poco a poco, aunque no sin voces en contra, fueron las comisiones locales subordinándose a la Comisión Central.

Se creó una sección especial para combatir el espionaje y la contrarrevolución en el ejército y en la armada, y otra para la vigilancia de los transportes.

Las comisiones acometieron la tarea de levantar un censo de toda la población burguesa, con objeto de elegir rehenes. Dzerjinski y los dirigentes de la *Vecheva* les dieron orden terminante en diversas ocasiones de no proceder a encarcelar a la gente más que en caso de verdadera necesidad. La orden número 83, fechada en noviembre de 1918, prescribe incluso que se ponga en libertad a todos aquellos miembros del partido K.D. (constitucional demócrata), partido de la gran burguesía, que no hubiera tenido una actividad política importante.

Las comisiones celebraron conferencias locales y regionales. Una de estas conferencias hizo que se reuniesen en Petrogrado, a mediados de octubre, los jefes de las *Checas* del noroeste. En ella se puso de manifiesto el hecho de que las comisiones se mantenían aún con recursos eventuales, como las multas y las contribuciones. Zinoviev, informante, hablando de los socialistas-revolucionarios de izquierda que acababan de fomentar una revuelta en la ciudad, hizo notar que de allí en adelante “sólo el partido comunista puede existir libremente”. Por otra parte, denunció los defectos y las peligrosas pretensiones de ciertas comisiones que mostraban propensión a desplazar a las autoridades locales. Se esbozaba una tendencia a la dictadura de las comisiones. Hizo hincapié en la necesidad de castigar con el máximo rigor a los comisarios corrompidos.

Peters, uno de los jefes de la *Vecheva*, protestaba por la misma época contra “las formas indeseables de que se había revestido el terror en las provincias”. (*Izvestia*, 29 de octubre). Se entabló una discusión a propósito de las competencias respectivas de la Comisaría de Interior y de las *Checas*. No cabe duda de que se cometía un gran número de abusos. El régimen de prisiones en aquella época de hambre, de epidemias y de máximo encallecimiento de las costumbres era detestable (suscitó la intervención de varios comunistas influyentes en la prensa); había muchos procesos que se eternizaban, mientras que otros se despachaban en un santiamén. Kart Radek fue uno de los primeros en proponer nuevas formas de terror, más lógicas que las ejecuciones sumarias. “Hay que herir a la burguesía -decía- en sus privilegios económicos. Ahora que nos encontramos en vísperas del invierno, procedamos a requisar las ropas de abrigo, las habitaciones confortables, todo el sobrante de bienestar individual; demos todo al ejército, a los obreros. Establezcamos una legislación draconiana contra la conspiración”. “Es inadmisibles que existan en Moscú restaurantes lujosos como en Praga; es inadmisibles que el burgués se arrope con ricas pieles mientras que allá en el frente pasa frío el soldado rojo...” Todavía estaban así las cosas. (*Izvestia*, 6 de octubre.)

¿Qué amplitud alcanzaba el terror rojo? Sólo disponemos de datos incompletos para responder a esta cuestión. Durante los primeros meses no se llevó ninguna estadística regular; las cifras oficiales publicadas

por Latsis han sido calculadas partiendo frecuentemente de informes fortuitos. Hechas estas reservas, examinémoslas. Sabemos ya que las comisiones extraordinarias se fundaron en diciembre de 1917. Durante los seis primeros meses de su actividad sólo ejecutan a veintidós personas. En el transcurso de la segunda mitad de 1918 se llevan a cabo sesenta mil ejecuciones. Un promedio mensual de ejecuciones durante todo el año de 1918 es de: contrarrevolucionarios, trescientos ochenta; funcionarios prevaricadores y criminales, catorce; especuladores, tres.¹ Probablemente la cantidad de sangre vertida por el terror rojo en cuatro años de revolución es menor que la que corrió en algunas de las jornadas de la batalla de Verdún...

Esbozo de un paralelo: 1793 y 1918

Se pueden descubrir sorprendentes paralelos entre la revolución francesa y la revolución rusa, hasta en detalles de sucesos y acciones. Las fechas mismas ofrecen coincidencias impresionantes. Vemos así que las jornadas 2, 3, 4, 5 y 6 de septiembre de 1792 y de 1918 se señalan, una y otra vez, por el exterminio de enemigos del interior en las cárceles. El París de 1792 se alza, implacable, al conocerse la entrada de los prusianos en Verdún. Los proletarios de Petrogrado y de Moscú cogen la espada cuando los checos se han apoderado de todas las ciudades del Volga, cuando los británicos ocupan Arkangelsk y Murmansk. Esos meses son, sin duda alguna, por razones climatéricas, biológica –la energía humana alcanza en ellos su más alto grado de desarrollo- y sociales -proximidad de las cosechas-, los más propicios para la guerra. La crisis de julio, agosto y septiembre de 1918, cuya consecuencia directa y fatal fue el terror, recuerda sobre todo la que atravesó la revolución francesa en julio, agosto, septiembre de 1793, después de la traición de Dumouriez y de la revuelta de la Vendée, coincidiendo con la sublevación de Normandía, Burdeos y Lyon. Carlota Corday asesinaba a Marat; los coaligados entraban en Francia; los ingleses se apoderaban de Tolón; la revolución se encontraba minada en el interior por la conspiración, la traición y el hambre; William Pitt organizaba, para defender la civilización contra los *sans-culottes*, la coalición europea; la prensa londinense publicaba relatos llenos de detalles aterradores acerca de las “atrocidades de los jacobinos”... La Comuna de París y el Comité de Salvación Pública contestaron a los enemigos de la revolución con leyes en masa, con el terror, con el *máximum*. Los tribunales revolucionarios no fueron menos expeditivos que las comisiones extraordinarias de la revolución rusa. En Francia, como en Rusia, hubo necesidad de galvanizar el ejército, el inmovilizar a los generales que pagaron el fracaso con su cabeza, de enviar miembros de la Convención a los ejércitos. Carnot desempeñó el papel de Trotsky.

Creemos que el terror de los jacobinos fue mucho más sanguinario que el de los bolcheviques. En todo caso, sí que fue más cruel. “En Angers, los condenados eran llevados al lugar de ejecución... con música, las autoridades vestidas de gran gala y los soldados haciendo valla”. La revolución cortó cabezas por millares en Nantes, en Lyon, en Vendée; sólo en París rodaron 1.376 en nueve días, después del decreto del 22 pradiar. Hagamos notar que en Francia contaban entonces con una población que oscilaba entre 25 y 30 millones de habitantes.

Pero no necesita justificación todo aquello que constituye una necesidad histórica. No ha habido jamás guerra ni revolución sin terror. El terror ha sido siempre el arma predilecta de las clases poseedoras, en todas las guerras de clases. Reléase la historia de la Reforma y de las guerras religiosas, la historia de las Santiagadas, la de la revolución inglesa del siglo XVII, la de la guerra de secesión de los Estados Unidos.² La ley francesa en vigor considera el vagabundeo (es vagabundo todo aquel que no tiene domicilio, ni trabajo ni medios de existencia) como un delito castigado en caso de reincidencia con la relegación, es decir, con una pena perpetua que se diferencia poco de los trabajos forzados. Véase Victor Serge, *Le*

¹ “Fueron ejecutadas en total 12.733 personas de 1918 a 1920 en Rusia. Estas cifras oficiales de la *Vecheva*, que han sido reconocidas como incompletas, sólo pueden servir de indicación. Es evidente que sólo resumen la actividad organizada, controlada y sistematizada de las comisiones. Téngase en cuenta que los tribunales revolucionarios civiles aplicaban igualmente la pena capital”.

² A decir verdad, el terror ha existido durante siglos enteros. Desde la Edad Media hasta la revolución burguesa ha sido el régimen normal impuesto por las clases poseedoras a las clases pobres. Según Tomás Moro “durante el reinado de Enrique VIII fueron ejecutados (en Inglaterra) 70.000 ladrones, chicos y grandes”. Durante el reinado de Isabel I se ahorcaba a los vagabundos a razón de trescientos o cuatrocientos al año. En Francia, “bajo Luís XVI (ordenanza del 13 de julio de 1777), todo hombre válido de dieciséis a sesenta años que careciese de un medio de existencia y no ejerciese una profesión debía ser enviado a galeras. (Véase K. Marx, *El capital*, La acumulación primitiva, cap. XXIV.

problème de la répression révolutionnaire, en *Les coulisses d'une sureté générale*», Librairie du Trivial. París.)

Y hágase memoria, sobre todo, de lo que hemos presenciado en los últimos diez años. La disciplina de los ejércitos que durante la última gran guerra fueron tan pródigos de heroísmo, se apoyaba, en resumidas cuentas, sobre el terror. ¿Se sabe cuántos hombres fueron fusilados por los consejos de guerra? El capitalismo ha recurrido, en cuanto se ha visto en peligro, al terror blanco erigido en sistema permanente por la dictadura fascista en Europa central, en Finlandia, en España, en Italia...

Por lo demás, el terror rojo nació del terror blanco. Los proletarios y los campesinos, poco inclinados a servirse de la espada, por su idealismo generoso y su inexperiencia del poder, aprendieron en la escuela del antiguo régimen y del capitalismo. Tiene algo de desconcertante la indulgencia de los vencedores para con los vencidos después de la caída de la autocracia, así como después de la insurrección de octubre. El líder ultrarreaccionario Purichkevich recobra tranquilamente la libertad después del Octubre rojo. El atamán cosaco Krasnov, al que se ha cogido con las armas en la mano, recobra la libertad bajo palabra. Lo único que se hace con los *junkers* moscovistas, autores de la degollina de los obreros del arsenal del Kremlin, es desarmarlos... ¡Sólo al cabo de diez meses de luchas cada vez más encarnizadas, de complots, de sabotajes, de hambre, de atentados, de intervención extranjera, del terror blanco en Helsingfors, en Samara, en Bakú, en Ucrania, del atentado contra Lenin, se decide la revolución a descargar su hacha! ¡Y esto en un país en el que la autocracia había formado a las masas en la escuela de las persecuciones, de los latigazos, de la horca y de los fusilamientos en masa!

Era infinitamente mayor el número de las víctimas que hacía por la misma época el terror blanco en los territorios ocupados por la contrarrevolución. Sobre este punto no hay estadística alguna que nos ilustre. Pero los actos que los combatientes rojos y blancos mencionan en sus memorias son espantosos. Hemos ya indicado algunos: el general Petrovski ordena la matanza de cuatro mil personas en Maikop (Cáucaso septentrional); mil quinientos obreros sucumben bajos las acometidas de los checos blancos en la fábrica de Ivaschenkovo, cerca de Samara. Los checos blancos degüellan en la pequeña población de Troistk (Ural) a varios centenares de rojos. Las partidas de oficiales de Kornilov pasan por la población de Lejanka (región del Don): acaba de hacerseles tres muertos y diecisiete heridos; al retirarse de la población dejan tras ellas 507 cadáveres. Cuando dominaban en el Volga los checoslovacos, las aguas del río arrastraban constantemente cadáveres (Larissa Reissner). Pero el “mundo civilizado”, es decir, el mundo capitalista, no se preocupó nunca de estas innumerables víctimas del terror blanco, si no era para aumentar su número. No quería ver el terror blanco, obra de sus soldados. Pero el terror rojo despertaba en él un furor sagrado.

Teoría del terror

Las obras de Lenin no contienen más que algunas alusiones incidentales -pero no categóricas- acerca del terror. La imperiosa necesidad de quebrantar implacablemente la resistencia de las clases desposeídas era a los ojos de Lenin una cosa tan evidente que no creyó, precisamente por esto, que fuera precisa una demostración teórica. Lenin había preconizado, desde los primeros días del gobierno revolucionario, las medidas de rigor y había combatido las “ilusiones pacifistas”, las “debilidades inadmisibles” de los que le rodeaban.

“Tonterías, tonterías -repetía-. ¿Creen que es posible hacer una revolución sin fusilamientos? ¿Creéis poder acabar con vuestros enemigos desarmándoos? ¿A qué otra medida de represión pensáis recurrir? ¿Al encarcelamiento? ¿Creéis que se asustarán con eso durante una guerra civil en la que los dos adversarios confían igualmente en su triunfo?”

Al pie de una página del folleto *El infantilismo de izquierda y el espíritu pequeñoburgués*, escrito el mes de mayo, ponía esta nota:

“Miremos también aquí la verdad de frente: nos falta todavía la implacable dureza que es necesaria para la victoria del socialismo, y no es porque carezcamos de resolución. Como

resueltos, lo somos. Pero no nos damos maña para echar el guante con suficiente rapidez y un número suficiente de especuladores, merodeadores y capitalistas, que burlan las medidas soviéticas... En segundo lugar, nuestros tribunales carecen de energía; en vez de fusilar a los prevaricadores, los condenan a seis meses de cárcel. Ambos defectos tienen la misma raíz social: la influencia de elementos pequeñoburgueses, su debilidad”.

Era demasiado realista para no estar convencido de que “durante una revolución, la máxima energía equivale a la máxima humanidad” (Trotsky). Las vacilaciones y las debilidades se pagan caras. Cuanto con más resolución se lleva adelante una lucha, más corta es su duración, mayores probabilidades de victoria ofrece y menos costosa resulta. “Frente a la tiranía, la clemencia es barbarie”, decía Robespierre en la Convención.

La teoría del terror fue expuesta por Trotsky el año de 1920, en un libro consagrado a refutar a Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*, y que lleva el mismo título.

“El terror rojo –leemos en él- no se distingue en principio de la insurrección armada, cuya continuación es. Sólo aquél que condena (verbalmente) por principio toda violencia, puede condenar desde un ‘punto de vista moral’ el terror gubernamental de la clase revolucionaria”. “El terror ejercido por la reacción contra una clase que se subleva en virtud de las leyes de su desarrollo histórico, es impotente -pero sólo a fin de cuentas. Por el contrario, tiene que resultar eficaz contra la clase reaccionaria que se niega a darse por vencida”.

Esta es la razón por la que el terror rojo es siempre menos sangriento que el terror blanco. Las masas de trabajadores ejercen aquél contra clases que se encuentran en minoría dentro de la sociedad. No hacen sino completar la acción de los nuevos factores económicos y políticos. Cuando las medidas sociales han hecho que millones de trabajadores se unan a la revolución, no es difícil quebrantar la resistencia de las minorías privilegiadas. Por el contrario, el terror blanco se ejerce por las minorías privilegiadas contra las masas trabajadoras, a las que debe sangrar y diezmar. ¡En una sola semana los versalleses hacen más víctimas en las calles de París que las que la *Checa* manda a la muerte en el transcurso de tres años y en todos los ámbitos de la inmensa Rusia!

En resumidas cuentas, el problema que se plantea para vencer en la guerra civil es el mismo que se plantea para vencer una guerra entre Estados. Se trata de aniquilar a una parte -la mejor- de las fuerzas vivas del adversario y de desmoralizar y desarmar a las restantes. Las guerras modernas tienden a borrar cada vez más la línea que separa a los beligerantes de los no beligerantes. Tan importante es la destrucción de los entronques de vías férreas y de los centros industriales del enemigo, como la destrucción de sus ejércitos; la destrucción del proletariado que trabaja en retaguardia para proveer al frente de máquinas y de municiones será en las guerras del porvenir un objetivo tan importante como la destrucción de las tropas de primera línea... Sobre todos estos puntos, la guerra civil ha avanzado más que las guerras interestatales. No reconoce la existencia de no beligerantes, busca por todas partes, sin compasión, la fuerza viva de las clases enemigas. Para que una clase social afectada en sus intereses vitales se dé por vencida, es necesario inflingirle pérdidas terribles. No lo hará antes de que sus hijos más vigorosos, más inteligentes, más valerosos, hayan sido segados. Es preciso que corra lo mejor de su sangre. (Así también cae en holocausto, mucho más absurdo, en las guerras interestatales, el ejército activo, la flor de la juventud de las naciones...) Así ha ocurrido siempre en el pasado. ¿Ocurrirá también en el futuro? Los regímenes de terror blanco que imperan en la actualidad en varios países de Europa hacen, a no dudarlo, todo cuanto está en su mano para preparar a las clases que hoy se encuentran en el poder un horrible despertar. Confiemos, sin embargo, en la fuerza del proletariado, que tal vez sepa ahorrar a la humanidad sangrías demasiado fuertes en las guerras sociales del porvenir. El terror rojo, lo mismo que el terror jacobino, fue provocado directamente por la intervención extranjera.

Esto ocurrió porque en 1918 la solidaridad proletaria internacional no era bastante fuerte para impedir toda intervención extranjera contra la revolución; de haber ocurrido esto la Rusia revolucionaria se habría salvado fácilmente de cuatro años de guerra civil. Un proletariado victorioso, protegido contra

la intervención extranjera por la solidaridad internacional de los trabajadores, no necesitará recurrir al terror, o sólo lo necesita durante un breve período. Serán las clases ricas las que deberán demostrar una clarividencia suficiente para calcular la relación que existe entre las fuerzas que se hallan frente a frente, y no entablar luchas, que han de acabar en desastre, contra un proletariado que está seguro de vencer. Organización proletaria, conciencia de clase, voluntad revolucionaria intrépida e implacable, solidaridad internacional activa, tales son, a nuestro juicio, los factores que puedan hacer inútil en el porvenir el terror rojo, cuando hayan alcanzado alguna fuerza”.

Victor Serge, 1928